



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

Propuesta de paz con los Estados Unidos

Carta al Lic. D. Manuel de la Peña y Peña Presidente de la Suprema Corte de Justicia.

E.S.D. Manuel de la Peña y Peña.

Querétaro, noviembre 25 de 1847.

Muy estimado compañero, amigo y señor de mi respeto:

Por pura deferencia a la amistad con que usted me favorece, voy a consignar por escrito las ideas que ayer expuse al señor Presidente, al señor Rosa y a usted sobre la paz con los Estados Unidos. Los señores Anaya y Rosa me conocen hace algún tiempo y pueden por lo mismo juzgar de mi sinceridad, tanto más, cuanto que me han visto luchar en favor de la guerra con un empeño que casi ha rayado en tenacidad.

Las ideas que la bondad sola de usted ha creído de alguna importancia, no son nuevas para usted, cuya instrucción es bien conocida. Por esto me negué anoche a escribir; mas como usted ha empeñado la amistad y me ha recordado la promesa de Toluca, me he decidido a obsequiar los deseos de usted, pidiéndole, que disimule las faltas y que guarde sólo para mí este escrito, que por motivos graves no me conviene que sea conocido.

Desde luego comenzaré, como ayer, hablando de mí mismo; porque por más repugnante que sea el *yo* en lo general, hay ciertos casos en que es indispensable. Una profunda convicción, que el tiempo y la experiencia han robustecido, me ha hecho ver la federación como el gobierno que conviene mejor a la República. El amor a la patria, justamente herido por la ingratitud de los texanos, me ha hecho ver en la guerra el bien mayor. De aquí ha venido la divisa que durante muchos años he tenido —*Federación y Tejas*; porque esas palabras encerraban para mí la gloria en el exterior y el progreso en el interior, dos elementos esenciales para nuestra felicidad.

Este pensamiento dominante explicará a usted toda mi conducta pública. En 1845 creí que el restablecimiento del sistema federal y la guerra serían una realidad; y al ver que el gobierno se resistía a ambas cosas, le hice una oposición decidida ya por la imprenta, ya conspirando y en fin tomando activa parte en el movimiento del 7 de junio. Yo no defenderé éste sino de la nota de santonismo: es falso que se pensara en la vuelta del general Santa Anna; y si algún grito se dió en este sentido en los primeros momentos, fué por los subalternos

que no conocian el fondo del plan. Canalizo me había dado su palabra de marchar *inmediatamente a Tejas*; y este fué el motivo que me decidió a unirme con él.

Pero algunos amigos me preguantaban si tenía yo seguridad en la guerra. Debo confesar que no creía que nuestro ejército estuviera tan desmoralizado, que no fuese capaz de hacerla; y además mi deseo era que se ganase una acción en Tejas y después hacer la paz, erigiendo allí una república bajo la garantía de Inglaterra. Ve usted que si trabajaba por la guerra, no era de una manera indiscreta, ni guiado sólo del prurito del momento, ni menos arrastrado por un ardor bélico, que pudiese comprometernos. Y a pesar de cuanto ha pasado, todavía creo, que sin la defección del general Paredes, la guerra pudo hacerse de la manera que he indicado, ganando una buena batalla y quedando bien.

Y en este particular me permitirá usted que no le oculte una opinión algo de sagrable. Creo que ustedes tuvieron la culpa; porque si hubieran castigado ejemplarmente el motín del Peñasco, no se habría verificado el movimiento de San Luis, el general Herrera no cae, las Bases se reforman, *no hay la ridícula comedia monárquica*, ni vuelve el general Santa Anna. Pero esa tolerancia, que nunca he podido comprender; fué la que alentando al señor Paredes y a los que tenían urdida la trama de la monarquía, nos trajo todos los males posteriores.

Ahora bien: explicada mi opinión, puede usted calcular la exaltación a que llegué en fin de 1845 y más en 1846, al conocer las fatales tendencias de la administración. En esos momentos el general Santa Anna entró en relaciones conmigo y me ofreció *federación y Tejas*. ¿No era dudosa mi resolución? y ahí tiene usted la clave de todas mis operaciones el año pasado. No negaré a usted que a fines de él llegué a tener fe en la guerra; pues vi el entusiasmo de toda la nación y creí que a lo menos ganaríamos una batalla honrosa. . . Mi desengaño fué tan amargo como dulce había sido *mi esperanza*; y desde Cerrogordo no tuve ya fe en nuestro triunfo. Bien conocí que en aquellos momentos era todavía posible una paz menos costosa y que cada acción que Scott ganara, cada ciudad que ocupara, había de aumentar sus pretensiones. Así lo indiqué al general Santa Anna cuando en los primeros días de junio de este año me llamó al ministerio. Siendo ministro el señor Ibarra, se trató de los buenos oficios de Inglaterra; y el señor Rosa y yo sostuvimos en el Congreso que era facultad del gobierno; pues ambos sabíamos que aquél podía ser un medio de evitar mayores males. Pero el frenesí de algunos diputados dejó sin número al Congreso y nada se hizo.

Esta ingenua confesión de mis principios durante toda mi vida pública, probará a usted que he obrado siempre de buena fe; y que por consiguiente si no con el mismo sentimiento, sí con la misma lealtad *con que opiné por la guerra*, opino hoy por la paz.

Por esto cuando en Toluca tuvo usted la bondad de contar conmigo al encargarme del gobierno, le manifesté sin embozo que estaba de acuerdo en el principio general, sin perjuicio de que tentáramos cuantos medios fueran realizables en nuestra actual situación, para sostener la guerra. No podía yo hacerme ya ninguna ilusión: mi deseo era sólo que presentándonos armados y fuertes en el interior, Scott viese como probable a lo menos la prolongación de la guerra. Y como esa prolongación podía no salvarnos, pero hacer más fácil la paz, insistí con ustedes en que se tratase a toda costa de armar a los Estados de Guanajuato, Michoacán, Jalisco y Zacatecas. He visto, he palpado la imposibilidad de continuar la guerra; y en consecuencia me he decidido por la paz.

He creído indispensables estas explicaciones; porque habiendo sido uno de los más entusiastas partidarios de la guerra, tenía obligación de presentar, aunque muy en compendio, la historia de mis opiniones, a fin de que la que voy a consignar por escrito, sea considerada, como realmente lo es, el fruto de la más triste, pero de la más profunda convicción. No es el tribuno de 1845, ni el ministro de 1946, quien va a escribir estas líneas, sino el consejero cuya conciencia ha sido interpretada por usted, el amigo a quien usted ha querido oír, y que la hablará con la lealtad de un consejero y con la franqueza de un amigo.

La paz es contraria al sentimiento nacional; y esta proposición es tanto más cierto, cuanto que yo y usted mismo votaríamos la guerra, si la creyéramos realizable. No es, pues, el sentimiento sino la razón la que debe servirnos de norma; porque nada nos importa querer, si no tenemos los medios de obrar, busquemos, pues, en la razón el fundamento de nuestra conducta. La razón y el sentimiento nos dicen, que nuestro deber es procurar el bien de la República: ese bien, puestas las actuales circunstancias, no puede consistir más que en la victoria o en la paz. Si la primera es posible, debemos buscarla a toda costa: si no lo es, debemos resignarnos a la segunda.

Palo Alto, la Resaca, Monterrey, Tampico, Tabasco, el Sacramento, La Angostura, Veracruz, Cerro Gordo, Padierna, Churubusco, Molino del Rey Chapultepec y México dan pleno testimonio de que hemos luchado. ¿Por qué hemos sido vencidos? La fortuna ha negado sus favores a nuestro valor; la guerra no ha correspondido a nuestra justicia; la victoria ha sido ingrata. . . son hermosas frases que yo emplearé mañana en la tribuna; pero que no debo emplear en el gabinete; allí me servirán para conmover al pueblo; aquí debo convencer a los encargados de los negocios públicos. ¿Por qué hemos sido vencidos? Porque nuestros ejércitos han estado mal organizados y mal mandados; porque acostumbrados a nuestras luchas intestinas, en que poco importan los materiales de guerra, hemos descuidado el arreglo de mil pormenores que son indispensables para la perfecta organización de un ejército: porque si nuestros soldados son valientes y sufridos, nuestros oficiales son ignorantes y nuestros generales ineptos unos e insubordinados otros, con algunas dignas excepciones: porque en la asquerosa escuela de las revoluciones han aprendido jefes y subalternos a ganar empleos sin combatir: porque la diferencia de opi-

niones políticas, los encontrados intereses, los resentimientos pasados, los celos de hoy y las ambiciones del futuro han sembrado en el ejército la desconfianza y la inmoralidad; porque Paredes volviendo la cara al poder supremo y la espalda al enemigo, dió el más funesto ejemplo de infamia: porque Valencia, loco con un triunfo aparente, olvidó en Padierna toda idea de subordinación: porque deseoso de eclipsar a Santa Anna, no buscaba en la guerra el triunfo sino el poder: porque con razón o sin ella, y yo creo que sin razón, se ha llegado a dudar de la lealtad de Santa Anna y por esto ha habido resistencia en unos y frialdad en otros para combatir: porque Santa Anna aún suponiéndolo buen mexicano, es mal general; porque si bien levantó en México veinte mil hombres, no levantó veinte mil soldados; y porque, en fin, aunque en la masa general de la nación hay un sentimiento en favor de la guerra, en el clero, en el comercio y entre los propietarios domina el interés personal y poco a poco se ha ido formando una opinión decidida en favor de la paz.

Preciso es no hacernos ilusiones. El clero de la República no teme que los americanos acaben con la religión, ni cree en la conquista de nuestro territorio. Por esto lo hemos visto no sólo tibio para abrir sus arcas, sino enemigo del gobierno cuando se ha tratado de enajenar algo de sus bienes. La indigna asonada de los polkos es su obra y la patente de su oprobio; pues no vaciló en provocar una revuelta en la capital en los momentos en que el general Scott aparecía frente a Veracruz.

Los comerciantes, que aquí, como en todo el mundo, son sólo guarismos, están mirando y palpando las ventajas pecunarias que trae la libertad del comercio: los propietarios y los agricultores ven prácticamente la utilidad del aumento de población y de consumo, y soñando ya con la emigración y con los ferrocarriles, calculan con exactitud matemática, si no patriótica, las mejoras que un cambio de política deberá producir.

¿Qué nos queda, señor don Manuel, para sostener la guerra? La clase media; pero esa clase media no puede dar ni brazos ni dinero. ¿Qué sacamos de los abogados, de los médicos, de los poetas; Mucho patriotismo; pero no elementos materiales. Nuestro pueblo está dividido en dos clases: la raza mezclada y la india. La primera está viciada y sobre todo es en general la que forma los artesanos, que sólo pueden servir en guardia nacional para la defensa de una ciudad. La segunda está hoy inquieta: digáse lo que se quiera y sin aceptar los funestos augurios que diariamente se nos repiten, no podemos negar, que entre los indios hay una perturbación, que tal vez será secretamente fomentada por los mismos enemigos, ni podemos en consecuencia esperar esa sublevación de las masas como en 1810. Entonces se excitaba un sentimiento ardiente, que vivía y germinaba en todas las generaciones: hoy se excita uno que no ha pasado de la actual. Entonces la idea contra los españoles era comprensible, era fácil, era clara; porque era absoluta, era la dominación de tres siglos, era la abyección de la esclavitud. Hoy la idea contra los americanos es difícil y aun oscura para nuestro pueblo; porque de pronto no se trata sino de Tejas y California y el pueblo no co-

noce ni a uno ni a otra, y por consiguiente no puede medir ni la importancia de la pérdida actual, ni mucho menos las consecuencias. Entonces veía que la independencia producía de pronto mil bienes: hoy no puede calcular los que debería producirnos la victoria: porque de pronto todas las cosas continuarían en el mismo estado y las ventajas inmediatas no serían más que morales. Entonces por último, era un pueblo nuevo a cuyos ojos se mostraba la libertad con todos sus encantos: hoy es un pueblo que ha sido mil veces engañado y que teme las revoluciones por las levas, por los impuestos y por los abusos.

Y si a todas estas razones se agrega el egoísmo de muchos que disfrazándose en prudencia, fomenta en voz baja la idea de la paz y exagera los riesgos de la guerra, ¿cuáles son los elementos con que contamos para continuar ésta? El ejército dividido, desanimado con tanta derrota, sin disciplina y avergonzado: la artillería careciendo de trenes y de otros mil esenciales elementos: los generales desconfiando unos de otros y haciéndose mutuas imputaciones; el clero de México y Puebla, así como los comerciantes y propietarios de ambos puntos imposibilitados de proporcionar recursos, aún suponiendo que quisieran: algunos gobernadores exagerando el principio federal y creyendo que cada Estado ha recobrado su soberanía: la idea de la traición de Santa Anna fecundando por todas partes: la guardia nacional del interior sin armas ni buena organización. . . Sombrio es este cuadro; pero cierto; y mi deber me manda presentarlo a los ojos de usted tal como lo concibo.

¿Cuál sería el resultado de la guerra? De pronto la ocupación de Querétaro y Guanajuato; porque ni en uno ni en otro punto podemos sostenernos. Tendríamos, pues otras dos derrotas que agregar al triste catálogo de este año; dos ciudades importantes perdidas; nuevos prisioneros, menos cañones, menos fusiles y más desaliento.

En seguida caerá Morelia y más tarde Guadalajara. San Luis y Zacatecas serán amenazados por Taylor y los Estados de Oriente, aunque queden libres, así como el de Oaxaca, serán de todo punto ineficaces. ¿Qué hace el gobierno general en Chihuahua o Ures por un lado o en Oaxaca por otro? O acepta entonces una paz más costosa que hoy, o deja consumarse la ocupación de las principales ciudades. En el primer caso nada habremos adelantado y antes bien perderemos no sólo el tiempo, el dinero y los hombres que cueste la lucha, sino mayor territorio, pues a cada victoria crecerán las pretensiones del vencedor.

En el segundo caso, que es el que adoptan los partidarios ciegos de la guerra, veamos cuál sería nuestra suerte actual y futura. Desde luego no quiero ni suponer que se consumase la dominación; porque no quiero creer que haya un mexicano que la prefiera a la paz, por mala que ésta sea. Si la ocupación parcial se prolonga por mucho tiempo, no sólo no adelantamos nada, sino que corremos hasta el peligro de que prácticamente se vayan injertando, permítaseme la

frase, los principios y los hábitos americanos en nuestro pueblo y que éste sea sólo un paso para una anexión voluntaria. Creo que muchas de las ideas y de las reglas administrativas de los Estados Unidos son útiles, y que más tarde o más temprano tendremos que adoptarlas, si queremos luchar con esa República en el terreno de la civilización; pero hay una diferencia inmensa entre adoptar hoy unos y mañana otros de esos principios, según convenga y de la manera más a propósito, y dejarlos correr discernimiento, de un golpe y en momentos en que están agitadas todas las pasiones y heridos todos los sentimientos. En el primer caso el tino y la prudencia de los gobiernos harán que se adopte sólo lo bueno: en el segundo se adoptará lo bueno y lo malo, y tal vez vendrán no más a copiarse los vicios y no las virtudes de ese pueblo.

Por otra parte: prolongada esa ocupación por dos o más años ¿cuál sería la suerte de los mexicanos que viviesen en los pueblos ocupados? Sin ser ya ciudadanos, sin ser todavía esclavos, vivirían en una incertidumbre horrible, sujetos no sólo al capricho de un gobierno extraño, sino al de funcionarios que sin conocer el idioma, las leyes y las costumbres, cometieran mil abusos y mil errores. Y entretanto el gobierno mexicano quedaría abandonado en una ciudad lejana, sin un puerto de que disponer, sin una renta de que vivir y teniendo necesidad de hacer caer sobre unos cuantos pueblos todo el peso de la administración; porque no habría hacienda, pero si empleados civiles; no habría soldados, pero si generales y oficiales, y a todos, poco o mucho, sería preciso mantener.

Yo creo, que los que en un momento de despecho aceptan en vez de una mala paz, la ocupación de una parte de la República, no se han figurado la horrible escena que ligerísimamente he bosquejado. ¿Y después? ¿Se volverían los americanos a su patria? ¿No es cierto que al fin y al cabo tendríamos que hacer la paz? Y ¿cuáles serían las condiciones? Sin duda no habían de ser las de hoy; porque los gastos de la guerra y los trastornos de tan largo tiempo, elevarían de una manera enorme el precio de las reclamaciones. Por consiguiente: después de sufrir todos los males indicados, nos encontraríamos en una situación peor que la presente.

Los que quieren la continuación indefinida de la guerra, dicen: que dándose más tiempo, se levantaría el pueblo y podríamos luchar y vencer. No niego que ese suceso es posible; pero ¿es probable? Ya he expuesto la diferencia que hay entre la situación del pueblo hoy y la de 1810. Más todavía hay otra observación importante. El gobierno que entonces combatimos, era un gobierno viejo, enfermo, despedazado en su seno por la guerra: el que hoy combatiríamos, es un gobierno joven, robusto y unido para nuestro daño; pues sean cuales fuesen las repugnancias que en los Estados Unidos haya por la guerra, la mayoría está por ella, porque la mayoría allí, como en todas partes, siente más que razona. Además, el gobierno español estaba a dos mil leguas de distancia y esto hacia que los recursos y las órdenes tardaran mucho: el

de Washington tiene poco tiempo que perder en disponer lo necesario. Así, aún suponiendo que la nación se alzara, no tendríamos las mismas probabilidades que en la guerra de la independencia; lo más probable sería que después de una guerra más o menos gloriosa para nuestras armas, vendríamos a discutir un tratado de paz. Repito que si yo viese probable esa lucha regularmente sostenida, creería conveniente esperar; pero por desgracia no tengo esa convicción.

De lo dicho resulta: que no pudiendo continuar la guerra bajo buenos auspicios, *es necesaria la paz*. Aseguro a usted que me duele el corazón y me tiembla la mano al escribir estas palabras; pero debo decir la verdad tal como la comprendo. Y como no podemos confiar en una mediación extranjera, tenemos que proceder por nosotros mismos.

Nada puede endulzar la amargura de nuestra situación; pero, si consuelo cabe en tamaño infiernio, podemos tener el de que nuestro sacrificio va a servir eficazmente a la causa de la humanidad. ¿Qué han sido California y Nuevo-Méjico durante trescientos años bajo el gobierno español y veinte y siete bajo el nuestro? Que hayamos podido o no hacerlos florecer, probará que padres e hijos somos más o menos culpables; pero el hecho es, que esos ricos países han estado casi abandonados, que sus minerales no se han beneficiado, que sus campos no se han fecundado, que sus desiertos no se han poblado. Y como según la inflexible y eterna lógica de los acontecimientos humanos, las sociedades se renuevan y las razas se suceden y sobre las ruinas de un pueblo se levanta otro pueblo, parece realmente providencial lo que está pasando; porque con culpa o sin ella, no hemos hecho servir esas regiones a los altos fines de Dios. “¿De qué nos sirve, decía yo el año pasado en la Memoria que presenté al Congreso, poseer un territorio inmenso y riquísimo, si no lo habitamos ni podemos gozar de sus preciosos dones? ¿Nos lo ha dado la Providencia para que sirva de guarida a las fieras, o para que nuestro necio orgullo se lisonjee cuando recorremos con el pensamiento la enorme distancia que separa a Veracruz de las Californias? El que suscribe cree, que el abandono de la colonización es un crimen de losa humanidad, y que los representantes de la nación tienen el deber sagrado de hacer brotar nuevas sociedades en los desiertos, y de partir con los hombres de todo el mundo los beneficios que el ciclo prodigó a nuestra hermosa patria”.

Muy distante estaba sin duda cuando escribí estas palabras, de creer tan próxima su aplicación. Yo habría deseado que esos ricos territorios hablaran nuestra lengua y cumplieran nuestras leyes y vivieran de nuestra vida; mas ya que nuestra desgracia es tal que hayamos de consentir en verlos en poder ajeno, debe consolarnos la idea de que pronto serán pueblos florecientes y de que al salir de nuestras manos, no serán hollados por la planta de los salvajes, sino cruzados por ferrocarriles y habitados por una sociedad, que aunque enemiga de nuestra raza, lleva en el Nuevo Mundo la bandera de la civilización, si bien manchada con la degradante nota de la esclavitud.

Triste consuelo es este; pero es el único que de pronto podemos tener. Más tarde acaso tendremos otro; pero éste depende en gran parte de nosotros mismos. Se dice que la cesión de Tejas, Nuevo México y California a los Estados Unidos pone en peligro la independencia de la República por el inmediato contacto en que quedamos con nuestros vecinos. De pronto esto es verdad; pero si tenemos juicio, si una administración liberal encamina rápidamente a la nación por la senda del progreso, dentro de pocos años nos fortificaremos de modo que desaparezca todo temor a la ambición americana. Y a este fin pueden también contribuir los territorios que se cedan; porque cuanto más pronto florezcan, más pronto brotará en ellos el deseo de independencia; y tal vez antes de medio siglo Tejas, Nuevo-Méjico y California serán una o dos naciones independientes, que harán ilusiones las culpables tendencias de los Estados Unidos contra México. Y esta no es una teoría; porque así es como se han formado todas las naciones de la tierra.

Establecida la necesidad de la paz, nada diré a usted sobre los pormenores, pues todos están comprendidos en una idea: perder lo menos posible. Respecto de la indemnización, aunque el señor Rosa reprobó ayer mi pensamiento, ruego a usted que lo examine de nuevo. Si esa indemnización, sea la que fuere, entra a la tesorería, no servirá más que para cubrir los gastos públicos por algún tiempo; mas si se destina a la amortización de la deuda exterior, habremos hecho servir el mal para algo bueno. Nada importa que se llame agiotista al gobierno si compra sus créditos; ya porque como éstos nos cuestan mucho más de lo que recibimos, no hay ninguna inmortalidad y ya porque ante el inmenso bien de libertar a la nación de la deuda exterior, desaparecen cualesquiera consideraciones.

He cumplido, señor don Manuel: he expuesto a usted con franqueza todas mis ideas en este importante negocio; y si de nuevo le suplico que guarde para si solo esta manifestación, es porque la mayor parte de las ideas que contiene, son demasiado severas y pueden irritar mucho en las presentes circunstancias.

Rogando a usted otra vez disimulo mis errores, me suscribo de usted afectísimo compañero amigo y servidor.

Q. B. S. M.

J. M. Lafraqua.

* * *

Apuntes hasta junio de 1848.

Al llegar yo a Toluca se recibió del gobierno el señor Peña y Peña. Reunió una junta; y en élla manifestó que creía inevitable la paz. Cada uno dió su opinión, entre otros Otero por la guerra, Lacunza y yo por la paz.

El señor Peña cuando marchamos a Querétaro el 4 de octubre, nos preguntó a Lacunza y a mí si contaba con nosotros: le dimos nuestra palabra; y desde

luego comenzó a darnos pruebas de confianza. Cuando el gobierno se instaló en Querétaro, nos nombró consejeros y de hecho lo fuimos sin cesar, pudiendo decirse, que aquel gobierno se compuso de Peña, Anaya, Rosa, Lacuza y yo. En consecuencia, bueno o malo, en lo que se hizo tuve una parte activa.

La carta que precede, instruye de lo que entonces pasaba. El Congreso se reunió, nombró presidente a Anaya hasta el 8 de enero, en cuyo día debía volver Peña como presidente de la Corte. Se hicieron también algunas postulaciones para el Senado y a principios de diciembre el Congreso acabó por falta de número.

Nombrado presidente de la comisión que debía instalar el Senado, tuve que luchar y no poco hasta lograrlo.

Nuestra existencia fué muy trabajosa: no había dinero, todo el país estaba en desconcierto, Paredes conspiraba por un lado, el gobierno de San Luis por otro, Santa Anna hacía los últimos esfuerzos y los puros nos hacían diaria guerra dentro de la ciudad. Una noche tuvimos que esconder a Peña y Rosa; Anaya la pasó armado y Lacunza y yo contemplando las estrellas en el convento del Carmen, donde vivíamos. Y sin embargo de esto, fué una época grata para mí; porque teníamos plena conciencia de lo que hacíamos y porque entre los cinco hubo siempre la unión más cordial. Una noche a principios de enero estuvieron a punto de romperse la negociación de la paz; porque eran tantas y tales las pretensiones de Trist, que al fin se irritó Rosa y se decidió a romper las negociaciones. Pero una carta que el arzobispo Irisarri escribió al señor Gómez Pedraza y que éste me mandó a tiempo, dió nueva faz al negocio; pues en ella se aseguraba, que el comisionado americano cedería si se resistía por parte de México con alguna energía. Siguióse el consejo y el resultado fué del todo favorable.

Así seguimos luchando sin cesar con los partidos, hasta que acabó el gobierno de Peña. Pero antes hubo dos incidentes; el uno grave para el país, el otro pueril en su principio, pero al fin muy comprometido para mí.

El viernes de Dolores de 1848 reunió Herrera en su casa una junta compuesta de Pedraza, Couto, Cuevas, Riva Palacio, García Conde, D. Pedro, Otero, Lacunza y yo. Nos dijo: que siendo casi cierta su elección para la presidencia, deseaba oír nuestra opinión. Todos le dijimos que aceptara. Pero ¿cuento con ustedes?, insistió. Todos se lo ofrecimos; y en seguida se entró a examinar el programa administrativo. En lo general estuvimos conformes; pero hubo un punto en que nos quedamos solos Pedraza y yo; pues propusimos la purificación del ejército, a fin de que el nuevo se formara de jefes y oficiales instruidos y de soldados no cogidos de leva. La reunión fué grave, tanto por este incidente, como porque ella nos dió derecho para obligar a Herrera a no insistir en la renuncia que hizo en fines de mayo. Cedió; todos le servimos en lo que quiso ocuparnos.

El otro incidente fué una muchachada de Cardoso, que pudo tener graves consecuencias, sobre todo para mí. Estábamos reunidos una noche en la casa de diligencias, antes de la instalación del Congreso, si mal no me acuerdo, las personas siguientes: Cardoso, Riva, Otero, Comonfort, Flores, Yáñez, Navarro, Barrio, Elguero, Godoy y yo. El objeto de la reunión era la elección de Senadores que debía hacerse al día siguiente: yo instaba, Cardoso se burlaba y los demás reían. Al fin me incomodé y dije algo duro. Entonces Cardoso tomó otro tono, nos dijo: pues que se quiere seriedad, no nos andemos por las ramas: vamos al tronco. ¿Conviene que Herrera sea presidente? Va a renunciar: admitamos la renuncia y nombremos otro que haya nacido en este siglo. La cuestión se decidió en el sentido de Cardoso, conviniéndose en elegir a Riva Palacio. Este renunció solemnemente, cada uno propuso su candidato y Cardoso me propuso a mí. Los demás convinieron, formé un programa, nombré ministros, repartí empleos, dejando a Cardoso olvidado para siempre en el Montepio. Así pasamos la noche en bromas y chanzas y yo me fui a mi convento. Pero al día siguiente Yáñez me instruyó de que después de mi salida el negocio había acabado en serio y que ya se había comenzado a trabajar.

No es fácil describir mi aflicción tanto por el compromiso público en que me ponía la simple postulación, cuanto por Herrera, con quien estaba obligado en la junta del viernes de Dolores. Por fortuna Otero y Riva habían sido testigos; y no se podría suponer una villanía. Por esto cuando Herrera renunció, fui de los que más empeño tomaron en hacerle desistir de la renuncia.

Instalado el Congreso, se aprobó la paz: el día de la votación escribí a la señorita Escalante estas palabras: "Acabo de pronunciar un *sí* que me ha raspado la garganta."

Peña me ofreció las legaciones de España y Francia; pero como mis negocios domésticos estaban a punto de arreglarse conforme a todos mis deseos, no pude aceptar ninguna; pues siendo urgentes, yo debería salir pronto, cosa que me era imposible hacer en aquellas circunstancias.